

TRATADO PRIMERO,

EN EL CUAL

PROCEDIENDO POR LUMBRE NATURAL SE DECLARAN LAS CONVENIENCIAS DEL MISTERIO DE NUESTRA REDEMPCION, Y SE SEÑALAN VEINTE SINGULARES FRUCTOS DEL ÁRBOL DE LA SANCTA CRUZ.

CAPITULO PRIMERO.

De la manera del proceder en esta tercera parte.

Dos lumbres dijimos en el principio del libro pasado que hay en el hombre cristiano: una de fe, que le pertenece en cuanto cristiano, y otra de razon, que le compete en cuanto hombre. Esta lumbré de razon es un rayo de luz que se derivó en nuestras ánimas de la fuente de aquella luz infinita, por cuya causa confesamos ser el hombre hecho á imagen de Dios: la cual lumbré tanto es mas perfecta, cuanto es mas pura la vida y la consciencia. Y entre las diferencias que allí pusimos entre la una lumbré y la otra, una dellas era, que la verdad que se alcanza por medio de la fe, es firme, cierta y infalible, porque se funda en la autoridad de Dios, que no puede faltar; aunque este conocimiento no carece de oscuridad, porque fe es creer lo que no vemos. Mas la verdad que se alcanza por la lumbré de razon, ni es tan cierta, ni infalible; mas trae consigo mas claridad, cuando por este conocimiento se entiende que lo que la fe cree, es muy proporcionado y conforme á toda buena razon: como cuando la fe nos manda creer que las ánimas son inmortales, y que Dios tiene providencia de las cosas humanas, y que hay pena y gloria para buenos y malos. Estas cosas predica y enseña nuestra fe; mas ellas tambien son tan claras en lumbré de razon, que muchos filósofos (y señaladamente Sócrates, y Platon, y Plutarc) con sola esta lumbré las conocieron. Pues cuando desta manera la lumbré de la razon se casa con la fe (que es cuando lo que la fe nos enseña, testifica tambien la razon) recibe el ánima con esto una grande alegría y consolacion, con la cual se confirma mucho mas en la fe; porque mas alumbran dos lumbres juntas, que sola una.

Pues conforme á esto pretendemos tratar en esta tercera parte del misterio de nuestra redempcion, declarando cómo lo que predica nuestra fe deste divino misterio, no solo no es contra razon, mas ántes es en gran manera conforme á ella. Para lo cual declararemos tres cosas principales. La primera, cuán conforme á razon sea lo que la fe testifica del pecado original en que somos concebidos; lo segundo, cuán conveniente cosa era que aquella infinita bondad y misericordia de Dios proveyese de remedio al hombre caído, mayormente pues todo el resto del género humano padecía sin actual culpa suya por la ajena; lo tercero, cómo no se podía hallar otra manera de remedio mas conveniente, así para la gloria de Dios, como para remedio del hombre, que el misterio de la encarnacion y pasion de nuestro Salvador; y en este tercer punto se gastará la mayor

parte deste libro. Y al fin dél se responde á las principales preguntas que acerca deste misterio se pueden hacer.

Pues para comenzar á tratar del misterio de nuestra redempcion por la via que habemos dicho, conviene presuponer lo que al principio del libro siguiente suponemos: esto es, cómo Dios por su infinita bondad crió al hombre para hacerlo participante de su gloria, y cómo le dió todos aquellos dones y habilidades sobrenaturales (que eran justicia original y gracia) para que con ellos se dispusiese y habilítase para este tan alto fin; y cómo él por su desobediencia perdió estos dones que habia recibido para sí y para sus descendientes, y en él los perdimos todos; porque cual él quedó, tales nos engendró: pecador á pecadores, mortal á mortales, desnudo á desnudos, y flaco y mal inclinado á flacos y mal inclinados. De todas estas miserias y males es la raíz el pecado original en que todos somos concebidos: que es uno de los principales dogmas de nuestra fe. Presupuesta pues la caída y la dolencia, trataremos agora del remedio della.

CAPITULO II.

Cuán conforme sea á la lumbré de la razon lo que la religion cristiana enseña del pecado original.

Agora será justo que comencemos á tratar del pecado original. Y porque el piadoso lector saque mas fruto desta materia, y la lea con mas atencion, declararemos primero las cosas para que sirve la inteligencia della. Sirve pues principalmente para entender el misterio de nuestra redempcion, y la necesidad que teniamos de redemptor y médico para la cura desta dolencia. Lo segundo aprovecha grandemente para que por aqui entendamos aquella tan celebrada filosofia de los antiguos, que consiste en el conocimiento de sí mismo: que es principio y fundamento, no solo de la humildad, sino tambien de todas las virtudes. Porque conociendo el enfermo el peligro de su dolencia, procura el remedio; mas el que no lo conoce, no lo busca, y así pelagra en él. Pues el remedio deste mal es el que usaron los santos, los cuales conociendo la ponzoña que traian dentro de sí, tomaron della ocasion para procurar la medicina della, que son ayunos, oraciones, sagradas liciones, limosnas y uso de sacramentos (que son medicinas ordenadas por aquel médico que vino del cielo, contra esta dolencia), y junto con este huir todas las ocasiones de los pecados, por no añadir fuerzas y brios de fuera á las inclinaciones que padecemos de dentro. Por lo cual no se debe tener por mal empleado el tiempo que gas-

taremos en la declaracion y resolucion desta materia, de que tanto fruto resulta.

§. I.

Creacion del hombre en toda su natural perfeccion: de donde se prueba el vicio y corrupcion de su naturaleza.

Para entendimiento de la doctrina del pecado original, se ha de presuponer, como cosa de fe, que no crió Dios al hombre con las imperfecciones y siniestros que agora padesce, así en el cuerpo como en el ánima. Lo cual demas de ser cosa de fe, mostraremos aquí palpablemente y cuasi á vista de ojos. Y para esto presuponemos dos cosas: la una, que este soberano Señor aunque pudiera criar al hombre (como dicen) *in puris naturalibus* (y así estuviera sujeto á las penalidades á que agora está), pero no convenia á la magnificencia de su bondad criarlo desta manera. Y por esto no quiso que en la naturaleza humana hubiese pena donde no habia culpa. La otra es, que todas las obras que él hace (cada cual en su género) son tan acabadas y perfectas, que ninguna desórden ni imperfeccion hay en ellas, ninguna cosa que les falte ni que les sobre. Lo cual testifica Salomon por estas palabras (a): No hay cosa que se pueda añadir ni quitar á las obras que con tanta sabiduría y providencia hizo Dios, para ser por ellas conocido y reverenciado. Conforme á lo cual se escribe en el libro de la Sabiduría (b), que todas las cosas hizo Dios con número, peso y medida: significando en estas tres palabras la perfeccion de todas las obras de aquel sapientísimo artífice que lo formó todo. Porque entre las cosas corporales, unas se reglan por números, otras por peso, y otras por medida. Pues para dar á entender el Sabio la extremada perfeccion de las obras divinas, juntó estas tres cosas en uno, que son número, peso y medida. Pero no es ménos claro testimonio el que leemos en el libro del Génesis (c), donde acabada la criacion del mundo, se escribe que vió Dios todas las cosas que habia hecho en aquellos seis dias, y que eran en gran manera buenas. Donde no se contentó con decir que eran buenas, sino añadió tambien aquella palabra, *en gran manera buenas*: esto es, perfectísimas cada cual en su especie. Esto mismo testifica la filosofia seglar á cada paso, diciendo que el autor de la naturaleza siempre hace lo mejor y mas perfecto (d). Y lo mismo confirma la razon; porque la imperfeccion en la obra arguye imperfeccion en el artífice, lo cual sería blasfemia atribuir á aquel sapientísimo Hacedor.

Supuestos estos dos fundamentos, que son tan claros, probaremos agora que no era cosa digna de Dios criar al hombre con tantos defectos y mancheras, y con tantos siniestros y imperfecciones con que nasce del vientre de su madre. Para lo cual veamos agora las mas principales y mas comunes desórdenes de la vida humana; y despues recontaremos cómo estas nascen de la mala raíz y simiente del pecado en que fué el hombre concebido.

Pues primeramente constanos ser el hombre criatura racional, que es su propia naturaleza, con la cual se diferencia de todas las otras criaturas inferiores; y segun esto la cosa mas natural y mas propia del hombre habia de ser vivir conforme á razon, lo cual es vivir virtuosamente, porque la virtud está tan conjunta con la razon, y es tanto su hermana, que la misma razon es la

(a) Eccles. 3. (b) Sapie. 11. (c) Genes. 1. (d) B. Thom. 2. contra Gent. cap. 15.

regla della, como Aristóteles define. Mas nosotros vemos por experiencia cuán léjos está el comun de los hombres de vivir conforme á razon y virtud, porque generalmente se rigen por sus apetitos y deseos: luego necesariamente habemos de confesar que alguna dolencia hay en la naturaleza humana, pues no hace aquello que es tan propio de su naturaleza. Cuando vemos que el caballo no puede correr, ni el pece nadar, ni el ave volar, entendemos haber en estos animales alguna enfermedad que impide esta obra tan propia y tan natural á este género de animales. Pues muy mas natural es á la criatura racional vivir conforme á razon y virtud, que cualquier destes movimientos á estos animales: luego habemos de concluir que hay alguna general dolencia en la naturaleza humana, la cual impide una obra tan propia y tan natural como esta.

Es tambien comun sentencia de filósofos, que todas las obras naturales son deleitables; porque con este cebo nos despierta y convida la naturaleza á ellas. Así los ojos huelgan de ver, los oídos de oír, el paladar de gustar, y así las demas. Pues siendo tan natural obra de la criatura racional vivir á ley de razon y virtud (segun está dicho), habia de serle la obra de la virtud muy deleitable, y la del vicio muy penosa. Mas lo contrario vemos por experiencia, que las virtudes son al comun de los hombres dificultosas, y los vicios por el contrario muy sabrosos: luego doliente está la naturaleza donde hay este desórden.

Esto mismo se prueba por la desórden de nuestros apetitos, desta manera. Es el hombre compuesto de dos partes, que son cuerpo y ánima, tan desiguales entre sí, que la una es mortal y la otra inmortal, la una terrena y la otra celestial, la una semejante á las bestias y la otra á los ángeles. Estas dos partes tienen cada cual sus propios bienes: los del cuerpo son salud, fuerzas, lijereza, riquezas y hermosura; los del ánima son estos mismos espiritualmente tomados, esto es, salud y buena disposicion del ánima, fuerzas para resistir al vicio, lijereza para correr por el camino de la virtud, y riquezas de todos los bienes espirituales. Pues siendo tanta la ventaja que hacen los bienes del ánima á los del cuerpo, cuanto ella es mas excelente que él, la órden de nuestra voluntad y apetito por natural derecho pedia que lo mas precioso fuese mas estimado, mas amado, y con mas diligencia procurado. Lo contrario de lo cual vemos en el comun de los hombres: los cuales precian y aman tanto los bienes del cuerpo, y búscanlos con tan grande ardor y diligencia, que de dia y de noche ninguna otra cosa piensan, ni buscan, ni tratan, ni suenan; ni hay peligros de mar, ni de tierra, ni de fuego, ni de agua, ni de lanzas y espadas á que no se arriesquen por estos bienes. Mas por los otros espirituales y divinos (que sin comparacion son mas excelentes) ¿quién así se desvela, quién así trabaja, quién así se pone á peligros de la vida por ellos? Pues ¿quién no entenderá por aquí el estrago y corrupcion del paladar de nuestro apetito, que tan mal arrostra á la dignidad destes bienes espirituales, y tanto se des-perece y fatiga por aquellos vilísimos y corporales? Lo cual se prueba aun mas claro por este ejemplo. De la manera que se há el gusto de nuestro paladar para lo dulce y amargo, y para lo mas dulce y ménos dulce, así se há el apetito de nuestra voluntad para el bien y para el mal, que es el objecto de nuestra voluntad, así como lo dulce y amargo lo es del paladar. Pues vemos que cuando el

paladar no juzga rectamente de los sabores, teniendo lo dulce por amargo y lo amargo por dulce, lo sabroso por desabrido, lo desabrido por sabroso (como lo hace la mujer que come tierra, ó pedazos de jarros de barro mal cocido), entendemos que hay dolencia en el cuerpo, y que el paladar está corrupto; pues segun esto, viendo el desorden de nuestra voluntad en el amor de los bienes, no tomando gusto en los bienes espirituales y divinos, y tomándolo tan grande en los bienes vilísimos de la carne, ¿quién no juzgará que la tal voluntad está pervertida y estragada, y que no era posible que aquel Artífice soberano la criase con tal desorden?

§. II.

Persuade lo mismo la rebeldía del cuerpo con el ejército de sus pasiones.

Pasemos adelante, y tomemos por fundamento lo que acabamos de decir de la excelencia de nuestra ánima, y bajeza de nuestro cuerpo. Notoria cosa es (segun toda filosofía divina y humana) que naturalmente el ánima se hizo como señora para mandar, y el cuerpo para servir y obedecer: como se hace en las repúblicas bien ordenadas, donde los nobles rigen y mandan, y el pueblo bajo obedece. Pues siendo esta orden tan natural, había de obedecer y servir este cuerpo al ánima con suavidad y facilidad, como vemos que los miembros del mismo cuerpo (sin haber entre ellos esta superioridad) sirven unos á otros cuando es menester. Mas todos experimentamos cada hora la rebeldía y contumacia de la carne contra el espíritu. La cual explicó el Apóstol cuando dijo (e): Siento una ley en mis miembros que repugna á la ley de mi ánima, con tanta fuerza que me captiva y subyeta á la mala inclinacion del pecado que está en mi carne. Pues siendo esta una tan grande desorden y repugnancia, y una como scisma entre las partes del mismo hombre, ¿cómo lo había de criar aquel sapientísimo Artífice con esta manera de division y contrariedad, que es el principal impedimento de toda virtud y honestidad?

§. III.

Estrago de las potencias, y olvido del último fin, que convence esta verdad.

A todo lo dicho añado el extraño olvido que los hombres tienen en buscar el último fin para que fueron criados. Porque vemos que todos los brutos animales en ninguna otra cosa se ocupan, sino en buscar todo lo que es necesario para su vida y conservacion de sus cuerpos, que es el fin que les fué puesto por su Hacedor, como á criaturas irracionales, que no eran capaces de otro mayor bien. Mas el fin del hombre (que dentro de sí tiene aquel rayo de la divina luz, que es la razon, por cuya virtud se dice haber sido criado á imagen de Dios, y por ella puede pasar de vuelo sobre todos los cielos, y llegar hasta el Criador dellos) otro fin tiene mas alto, proporcionado á la nobleza de su estado: que es la contemplacion y amor del summo bien, que es Dios, como los mas excelentes filósofos Aristóteles y Platon determinaron. Mas el medio y camino para alcanzar este género de contemplacion es la posesion de las virtudes morales, con las cuales se quieta el bullicio de nuestras pasiones, que nos abaten á la tierra, y apartan del cielo, y se purifican y avivan los ojos del ánima para contemplar aquella in-

(e) Rom. 7.

finita luz y hermosura. Para estos dos oficios nos fué dado el entendimiento, el cual tiene dos habilidades, una para procurar las virtudes y ordenar prudentemente la vida, y otra para levantarse al estudio y consideracion de las cosas espirituales y divinas. Las cuales dos habilidades llaman los filósofos y teólogos entendimiento práctico y especulativo: no porque estos dos entendimientos sean distintos entre sí, porque no son sino uno solo, que tiene estas dos facultades que llamamos por estos nombres. Pues siendo esto así, la orden natural pedia, que así como los brutos animales en ninguna cosa se emplean, sino en procurar y buscar todo lo que se requiere para la perfeccion y conservacion de su sér, que es su fin, así tambien en su grado lo hiciese el hombre. Lo cual vemos en el comun de los hombres tan al revés, que en ninguna cosa ménos se ocupan que en esta, la cual sola había de ser su perpetua ocupacion. Mas ántes de tal manera han torcido y bastardeado de la generosidad de su naturaleza, que así como las bestias en ninguna otra cosa entienden sino en buscar bienes para su cuerpo, así ellos (generalmente hablando) en ninguna otra cosa noche y dia se ocupan, sino en lo mismo que ellas. Pues ¿qué mayor bajeza? ¿qué mayor plaga? ¿qué mayor dolencia puede ser que una tan noble criatura, capaz de la felicidad y gloria de Dios, venga á hacerse semejante á las bestias, y no pretender otro fin ni tener otra ocupacion que ellas? Pues ¿para qué recibiste, hombre, aquel rayo de la luz divina, que es la lumbre de la razon, que te constituye en sér de hombre, y te diferencia de las bestias, y te hace capaz de Dios? Pero hay aquí otra cosa mas para sentir, y ponernos mayor admiracion; y es que no solamente no se emplea la mayor parte de los hombres en aquellos dos oficios que dijimos (que son procurar las virtudes, y contemplar las cosas divinas); mas ántes el entendimiento, que había de ser oficial y ejecutor de toda la virtud, de tal manera (si decir se puede) ha apostatado, que se ha hecho oficial y inventor de todos los vicios. Porque ¿quién ha sido el inventor de tantas diferencias de potajes, de golosinas, de lujurias, de nuevos trajes, de edificios tan costosos y tan curiosos, de tantas maneras de juegos de cartas, de tablas, de dados, etc.; y, lo que peor es, de tantos pertrechos de guerras, de tantas diferencias de armas, de tanta artillería, con que llegaron á imitar lo que solo á Dios pertenecía, que es tronar, y relampaguear, y despedir rayos de las nubes; y todo esto para destruicion del género humano; para que ni la mar, ni la tierra, ni otro algun lugar deje de estar regado con sangre humana? En lo cual parece que no solamente se ha hecho el hombre semejante á las bestias, mas quedó aun peor, porque la malicia armada con las fuerzas de la razon á muchos mayores males se extiende. Por lo cual dice un filósofo que no hay fiera mas pestilencial para el género humano que la mala voluntad ayudada con el ingenio y agudeza de la razon. Pues ¿quién no lamentará esta tan gran miseria? ¿Quién no se espantará desta perversidad y apostasia desta parte divina, que Dios puso en el hombre? ¿Quién no verá claro por este argumento la miserable dolencia de la naturaleza humana, y que no era posible que de las manos de aquel summo Artífice manase una obra tan desordenada como esta?

§. IV.

Pasmo de los que no supieron la causa destes desórdenes, y conclusion deste discurso.

Esta desorden es tan grande y tan contraria á la rectitud y orden de la naturaleza, y espantó tanto á los profesores de la filosofía, que vinieron á tomar de aquí motivo para decir grandísimos desatinos. Porque unos considerando la orden que guardaban los animales en la conservacion de sus vidas, y la desorden y confusion de las cosas humanas, vinieron á decir que Dios tenía providencia de los animales, mas no de los hombres. Pues ¿qué cosa se pudiera decir mas fuera de toda razon? Y otros hubo aun mas desatinados: los cuales, persuadidos por las razones que habemos alegado y por otras semejantes, dijeron que no era posible criar Dios al hombre con estas tan perversas inclinaciones y siniestros; y (no sabiendo el secreto del pecado original causador de todos estos males) vinieron á decir que el demonio, y no Dios, había criado al hombre con todas estas cosas de acá bajo. Y así pusieron dos principios y autores de las cosas criadas: uno de las invisibles, que era Dios, y otro de las visibles que era el demonio. En el cual error (que fué el de los maniqueos) estuvo enlazado Sant Augustin hasta los treinta años de su edad (f): en el cual tiempo (como él tampoco sabía el secreto del pecado original) no acababa de espantarse destas desórdenes que via en el hombre, presuponiendo que esto no podría venir de Dios, autorsantísimo y sapientísimo. Lo cual entenderá quien leyere el libro de sus Confesiones, donde muestra las angustias y congojas que sobre este caso padescia, buscando la causa destes males. Y así en el séptimo libro de sus Confesiones, cap. v, dice así: Bueno es Dios, y buenas hizo todas las cosas. Pues ¿de dónde procedió el mal, y por qué puerta entró acá? ¿Cuál fué su raiz? ¿Cuál su simiente? ¿O por ventura no hay tal cosa? Pues ¿por qué tememos lo que no es? Y si vanamente tememos, ya ese temor es malo. Pues ¿de dónde nació, pues Dios bueno todas las cosas hizo buenas? Pues ¿de dónde tuvo origen este mal? ¿Había por ventura alguna materia mala, y formólo della, y dejó alguna cosa que no convirtiéndose en bien? ¿Por qué la dejó, ó por qué no le quitó aquel mal, ó no destruyó aquella materia, ó no la convirtió en bien, pues era todopoderoso? Tales cosas revolvía en mi pecho miserable, fatigado con cuidados congojosísimos del temor de la muerte, sin haber hallado la verdad. Y un poco mas abajo (g): ¿Cuáles eran (dice él), Dios mio, los tormentos de mi ánima? ¿Cuáles los dolores de parto de mi corazon? Tú solo sabías lo que padecía, y no hombre alguno. Porque ningun tiempo ni palabras bastaban para declarar á mis amigos los tormentos que padecía. Hasta aquí son palabras de Sant Augustin: en las cuales declara lo que su ánima padecía, por no haber alcanzado el secreto del pecado original.

Mas la luz de la religion cristiana, maestra de la verdad, nos saca destas perplejidades y errores. Porque ella confiesa que ninguna destas deformidades procedió de las manos de Dios, como claramente se prueba por lo que al principio alegamos; sino que el pecado fué el origen y fuente de todas estas dolencias.

Pues concluyendo y resumiendo este tan largo discurso, digo que el origen y principio de todos estos males es el pecado original en que todos somos concebidos. Dirá alguno: ¿Cómo probais esto? Porque vemos en la

(f) Augus. lib. 5. Confess. cap. 6. (g) Cap. 7.

edad tierna de los muchachos, ántes que puedan pecar, las semillas destes males (porque entónces comienza á descubrirse la ira, la invidia, el odio, la rabia, el deseo de venganza, y otras semejantes pasiones, las cuales no vienen por pecados propios, porque aun no los tienen), por lo cual habemos de confesar que pues todos los hombres nacen con estas malas inclinaciones, y no por pecados propios actuales, que algun pecado hubo en algun hombre, que fué principio de toda la generacion humana, el cual por su culpa quedó sentenciado á esta pena; y cual él quedó, tales nos engendró á todos. De la muerte no trato aquí (á que tambien el hombre quedó condenado por el pecado), ni de otras infinitas enfermedades y miserias del cuerpo humano; porque mi intento principal ha sido tratar de los males espirituales de nuestra ánima, para cuyo remedio sirve el misterio de nuestra redempcion, de que aquí tratamos. Todo esto se ha dicho tan por extenso, para que claramente conociésemos la comun dolencia de la naturaleza humana, y viésemos la necesidad que tenía de remedio. Y para que cuanto mas claro conociésemos la grandeza de la dolencia, tanto mejor entendiésemos lo que debíamos á aquel excelentísimo remediador, que de tantos males con tanta costa suya nos libró. Tambien lo dicho servirá (aunque esto no sea propio deste lugar) para que el cristiano que desea salvarse, conozca la ponzoña de las malas inclinaciones que trae dentro de sí; para que así entienda cuán recatado y temeroso debe vivir, y cuánto le convenga usar de todos aquellos remedios y medicinas que arriba tocamos, y particularmente de huir todas las ocasiones de los pecados, porque no se favorezca la mala inclinacion de nuestra carne con las ocasiones que vienen de fuera. Declarada pues la comun dolencia del género humano, comencemos á tratar de su remedio.

CAPITULO III.

De cómo plugo á la inmensa bondad de Dios enviar remedio al hombre, dejando al demonio en su obstinacion.

Vimos ya en el capítulo pasado cuál quedó el hombre despues del pecado: el cual, como dice el sancto concilio Tridentino (a), fué dentro y fuera de sí mudado: el cuerpo sujeto á muerte, y á infinitas maneras de enfermedades y miserias; y el ánima con todas sus potencias desordenada en todos sus apetitos y pasiones, segun hasta aquí habemos referido. Desta manera quedó mudado aquel hombre despues que pecó, y así lo quedamos todos en él; porque, como dice Sant Augustin (b), todo el género humano se perdió cuando se perdió aquel en quien todo él estaba.

Quedando pues el hombre en este estado tan lamentable, pudiera el Criador usar de su justicia, y dejarlo así desamparado, como dejó al demonio. Porque ni él tenía á quien dar cuenta desto, ni quien le tomase residencia, como dice el Sabio (c): ¿Quién te hará, Señor, cargo, ó te acusará, si todas las naciones del mundo perecieren? Ni tampoco le pudiera compeler á esto necesidad del servicio del hombre, porque así como *ab eterno* estuvo sin él hasta que lo crió, así pudiera permanecer para siempre tan glorioso y bienaventurado, como agora lo es. Porque así como cuanto el sér no depende de nadie, así tampoco cuanto al bienaventurado sér. De manera que como tiene sér por sí mismo, así es bienaventurado por sí mismo.

(a) Sess. 5. Decr. de pecc. original. (b) August. de verb. Apostol. serm. 14. cap. 15. tom. 10. (c) Sap. 12.

mo: pues en él no se distingue sér, y bienaventurado sér. Ni tampoco habia de parte del hombre merecimientos que á esto le obligasen, pues quedando él en desgracia de Dios, no podia por sí hacer cosa que le fuese agradable; y así el Criador, ni por necesidad, ni por nuestro merecimiento quedó obligado á darnos remedio, sino por solas las entrañas de su bondad y misericordia. Por donde dijo Sant Augustin (d), que no le trajeron del cielo á la tierra nuestros merecimientos, sino nuestros pecados. Y el mismo Señor declara esto por Esaias, diciendo (e): No me llamaste, Jacob, ni trabajaste en mi servicio, Israel. No me ofreciste tus carneros en holocausto, ni me glorificaste con tus sacrificios. Mas con todo eso me hiciste servir en tus pecados, y me diste bien en que entender en el remedio de tus maldades. Yo soy, yo soy el que perdono tus pecados por amor de mí, y dellos no me acordaré. Estémos á cuenta y razon, y dime si tienes algo con que puedas por tí, sin mí, ser justificado. Hasta aquí son palabras del Señor por Esaias. Esto mismo es lo que claramente dice el Apóstol por estas palabras (f): Aparecido ha en nuestros dias la benignidad y humanidad de Dios nuestro Salvador: no por las obras de justicia que nosotros hecimos, sino por su misericordia, por la cual nos quiso salvar.

§. ÚNICO.

Conveniencias admirables de la redempcion del género humano.

Podrá alguno preguntar: Pues pecó el ángel, y pecó el hombre, ¿por qué no proveyó Dios de remedio al ángel, y proveyó al hombre? Bastaba para satisfacer á la religion y humildad cristiana, la determinacion y voluntad divina; porque (segun dice Salviano) así como pesa mas Dios que toda razon, así basta para satisfacernos la determinacion de su voluntad, mas que toda otra razon. Pero con todo esto no faltan en esta parte grandes conveniencias; porque, como dice Sancto Tomas (g), la divina Providencia provee de remedio á todas las criaturas, conservando la naturaleza dellas, sin mudar lo que él crió. Pues es de saber, que la naturaleza del ángel, segun la opinion del mismo sancto Doctor (h), es ser invariable en lo que una vez se determina. Porque así como luego de primera instancia entiende todo lo que puede entender, así tambien está fijo y constante en la primera voluntad en que se determinó. Mas el hombre no es así, sino de naturaleza mudable y vertible; porque así como entiende hoy una cosa, y mañana otra contraria, así hoy tiene una determinacion, y mañana otra: hoy propone una cosa, y mañana se arrepiente della, y propone otra. Y así el hombre segun su naturaleza es capaz de arrepentimiento y penitencia, lo que no es el ángel. Y por eso la enfermedad del hombre fué capaz de remedio y medicina, y no la del ángel. Con esto tambien se junta, que si el ángel cayó, fué por su propia y sola voluntad, sin que nadie le tentase ni solicitase el mal; pero el hombre cuando pecó, fué provocado y solicitado por su adversario, por donde parece cosa conveniente que sea ayudado para el bien, quien fué solicitado para el mal, y que tenga padrinos que le aconsejen lo bueno, quien tuvo tentadores que le aconsejasen lo malo. Y pues hubo quien le atravesase el pié para que cayese, haya quien le dé la mano para que se levante; pues no

(d) August. de verb. Apostol. sarm. 8. cap. 7. (e) Esai. 43.
(f) Tit. 5. (g) S. Thom. 4. contr. Gent. cap. 56. (h) 1. p. q. 64. art. 2.

es razon que sea la criatura de Dios mas capaz del mal que del bien; sino que como puede ser ayudada en lo uno, lo pueda tambien ser en lo otro. Item hay aquí otra cosa mucho para considerar, y es, que si el ángel cayó, cayó por su propio pecado, que él por sí mismo cometió, sin que el pecado ajeno le perjudicase. Pero en los hijos de Adam no es así, los cuales nacen en pecado original, y hijos de ira por el ajeno pecado, que tambien les es propio. Y siendo esto así, convenientísima cosa era que pues la culpa ajena nos dañó, la sanctidad ajena nos ayudase; porque de otra manera parecería haber Dios criado al hombre mas capaz de mal que de bien, pues le podia dañar la ajena malicia, y no le podia aprovechar la virtud ajena. Siguiérase tambien de aquí que fuese mayor el reino de la justicia de Dios, que el de su misericordia; pues la justicia se extendía á castigar los hombres por pecados ajenos, y la misericordia no llegaba á galardonarlos por merecimientos ajenos. Por lo cual era cosa convenientísima, que hasta adonde llegaba la justicia en su reino, llegase la misericordia en el suyo. Con lo cual cesa la querrela del hombre, que pudiera decir: ¿Qué hice yo, Señor, en el vientre de mi madre, porque naciese en pecado? Porque á esto le pueden responder: ¿Qué heciste tú cuando fuiste bautizado, para que fueses justificado dese pecado? De manera que si dices que sin hacer tú por qué, te entregaron al enemigo, no te agravies deso; porque sin hacer tú por qué, te libraron dél. Y así se cumple en tí lo que Dios dijo por Esaias (i): De balde fuistes vendidos, y de balde seréis comprados. Hay tambien aquí otra cosa de mucha consideracion, y es, que si el demonio tentó al hombre, no fué por solo querer dañar al hombre, sino tambien por hacer guerra á Dios en su criatura, para que no consiguiese el fin para que la habia criado, y así no saliese Dios con lo que pretendia. Y en ninguna manera convenia para la gloria de Dios que el demonio se pudiese gloriar de haber prevalescido contra él, y impedido sus consejos y decretos. Por esto convenia que Dios volviese por su honra, y rodease el negocio de tal manera, que no solo se impidiese su propósito (que era ayuntar consigo al hombre), ántes se adelantase y perficionase como ello se hizo. Porque donde ántes se habia determinado hacer al hombre una cosa consigo por gracia, agora determinó ayuntarlo á sí en una misma persona, que es la mas estrecha union que se puede imaginar. Desta manera suele Dios triunfar de sus enemigos, tomando ocasion para hacer las cosas mas excelentes, de los medios que ellos intentan para impedir las.

CAPITULO IV.

Cómo ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura podia en rigor de justicia satisfacer por la comun deuda del género humano.

Presupuesto ya que era cosa conveniente á la divina bondad proveer de remedio al hombre caído, siguese que tratemos del remedio que para esto escogió. Para lo cual conviene primero presuponer que Dios nuestro Señor no usa comunmente de su poder absoluto en las cosas que determina hacer. Porque como él sea summamente perfecto, así lo son todas sus obras, y así guarda en ellas toda la orden y rectitud que conviene á su sabiduría y justicia. Y esto es lo que significó el Sabio, cuando dijo (a), que disponia todas las cosas suavemente, procediendo por medios convenientes á sus fines. Y pues

(i) Cap. 52. (a) Sap. 8.

esta orden guarda comunmente en todas sus obras, mucho mas quiso que se guardase en la obra de nuestra redempcion, que es la mas excelente de todas, y la que por excelencia se llama obra de Dios (b), como el Salvador la llamó, y así quiso que se encaminase por el mas excelente medio que se podia hallar. Esto mismo guardó este Señor en las obras de naturaleza, que son muy bajas en comparacion desta. De donde procedió aquella comun sentencia de los filósofos, los cuales dijeron que la naturaleza (esto es, el Autor de la naturaleza) siempre tiraba á hacer lo mejor y mas perfecto; y que si algunas veces hacia monstruos, era para perfeccion del universo, para que por lo avieso y desordenado se conociese mejor la orden y hermosura de lo perfecto. Y en consecuencia desto dicen que en la generacion del hombre siempre la naturaleza pretende hacer varon (como cosa mas perfecta), mas por algun accidente, que en la materia ó en la virtud formativa se halla, viene á engendrarse hembra. Pues si esta orden guarda aquel soberano Artífice en las obras de naturaleza (que no tienen por fin mas que un sér natural y corruptible), ¿cuánto mas la guardará en las obras de gracia, cuyo fin es sobrenatural y divino? Los hombres cuando quieren hacer alguna obra suelen tener respecto al trabajo y á la costa que les ha de hacer; y si esto sobrepuja sus fuerzas y su caudal, hacen las obras segun les es posible, aunque sean ménos perfectas de lo que ellos deseaban; porque (como suelen acá decir) va el Rey donde puede, y no donde quiere. Mas en Dios (que es infinitamente rico y poderoso), en ningun modo cabe lo dicho; y por eso hace las obras tan perfectas cuanto conviene á su infinita bondad y sabiduría, como se ve en esta obra de nuestra redempcion, la cual él trazó y ordenó con tanta perfeccion, que no se puede imaginar otra mayor, así para gloria suya, como para el remedio de nuestra miseria, que son las dos cosas que él pretende en todas sus obras, como adelante se dirá. De manera que si todos los entendimientos de hombres y ángeles se juntaran en uno, no pudieran inventar ni desear otro modo mas conveniente para lo dicho, que este.

Y con este fundamento (que es firmísimo) queda respondido á todas las preguntas que hacen los hombres ignorantes, diciendo: ¿No pudiera Dios por otros modos remediar el linaje humano, sin tanta costa y trabajo suyo? A los cuales fácilmente respondemos, que pudiera él hacer esto por otros mil medios si quisiera. Mas (como ya dijimos) nunca mira él á lo que puede hacer de su poder absoluto (porque desta manera bien podria él en un punto llevar al cielo todos los que están en el infierno), sino lo que conviene á la dignidad y á las leyes de su sabiduría, de su bondad, y de su justicia, y de su misericordia. Y teniendo respecto á esto, imposible era hallarse medio mas conveniente que este. Lo cual declara muy bien Eusebio Emiseno por estas palabras (c): Habia pecado el primer hombre por su culpa y desobediencia, movido por su propia voluntad, inducido por el demonio, mas no forzado. Por lo cual podia por via de misericordia ser redemido, mas no convenia que como inocente fuese por el divino poder librado. Y no usando Dios en esta obra de su poder, sino de su justicia, era menester para la satisfaccion de su culpa un hombre puro, y sancto, y limpio de todo pecado. Porque no podia alcanzar remedio para los pecados, el que es

(b) Joan. 4. (c) Euseb. Emis. homil. 7. de Symbol.

tuviese sujeto á ellos; ni podia entevenir por los siervos, el que estaba obligado á las leyes de la servidumbre. Mas hombre tan puro y libre como este, no lo tenia nuestra region. Por lo cual de otra parte habia de venir, para que pudiese ofrecer debida satisfaccion el libre por los deudores, el justo por los injustos, el inocente por los pecadores, el cordero por los cabritos; el cual fuese en lo exterior del mismo linaje que el pecador, mas no de la misma condicion: semejante á él en cualidad de la substancia, mas desemejante en la pureza de la vida, para que de nosotros tomase de donde por nosotros pagase, y de sí tuviese que ninguna cosa debiese. De manera que de nosotros ofreció el sacrificio, mas de sí nos dió la gracia del perdon.

Y mas abajo en la homilia siguiente, prosiguiendo la materia del mismo misterio, dice así: No tuvo el Salvador pecado original, porque no tuvo lugar en él la vileza de nuestra generacion; y por tanto pudo destruir la muerte que á todos se debia, porque él padeció la que no debia. Y así por su indignísima pasion satisfizo por los pecados ajenos, porque él no tenia pecados propios. Y desta manera por via de justicia fué vencido el enemigo del linaje humano. Porque habiéndosele entregado el hombre y héchese suyo por el pecado, el demonio engañándose por la costumbre que tenia de matar los otros hombres pecadores, acometió al inocente, y mantando al libre, perdió al cautivo; y así perdió el derecho suyo, acometiendo al hombre que no era suyo. Todo lo susodicho es deste doctor, el cual en pocas palabras resumió la substancia deste misterio.

§. ÚNICO.

Declárase mas esta imposibilidad de satisfacer por los pecadores el hombre.

Mas para mayor luz desta doctrina tratarémos agora mas distinctamente della. Para lo cual conviene declarar, que (segun este sancto dice) ninguna criatura, no solo humana, sino tambien angélica, era poderosa para satisfacer por via de justicia por esta commun culpa de la naturaleza humana. Porque notoria cosa es que cuando una persona es de mayor dignidad, tanto es mayor la ofensa hecha contra ella; y así cuantos son los grados de la dignidad de la persona ofendida, tantos son los de la indignidad de la ofensa hecha contra ella. Pues constándonos que la majestad de Dios es infinita, claro está que la ofensa cometida contra ella tambien lo es, y por consiguiente, en ley y rigor de justicia, ninguna pura criatura era poderosa para satisfacer por ella; pues todo el caudal de las criaturas es limitado y finito. Con lo cual se junta otra manera de infinidad, que es el número de los hombres comprendidos en este pecado en que todos nacemos; el cual, dado que no sea infinito, no repugna serlo cuanto es de parte de la especie humana, que se puede multiplicar sin término alguno. Y pues todos estos hombres nacen en pecado, ¿cuál dellos habia de ser poderoso para satisfacer por tanto número de pecadores y de pecados como son los de los nacidos y por nacer, no solo los originales, sino tambien los actuales, que son muchos mas, siendo esta deuda universal, y el hombre persona particular?

Allende desto todas las criaturas, así ángeles como hombres, han recibido todo lo que tienen de Dios, segun aquello del Apóstol (d): ¿Qué tienes que no hayas

(d) 1. Cor. 4.

recedido? Y por consiguiente todo lo que tienen, es debido por derecho de justicia al que todo lo dió. Por donde no puede la criatura descargar nueva deuda con servicio ya por otro título debido: así como no puede un esclavo que hurtó cien ducados á su señor, satisfacerle con todos los servicios que le hace, porque todos esos le son ya debidos por título de la servidumbre.

Allende desto el hombre por el pecado estaba en desgracia y enemistad de Dios, en el cual estado no podía hacer obra que fuese agradable á Dios, porque no acepta Dios servicios de enemigos, sino de amigos, ni obras hechas con solas fuerzas de naturaleza, sino de su gracia. Por lo cual no se puede decir que pues el hombre fué poderoso para hacer obra con que desagradase á Dios, también podría hacer obra con que le agradase; pues para lo uno basta la naturaleza, y para lo otro es necesario la gracia. Mayormente que el hombre es más poderoso para dañarse, que para remediar el daño que él mismo se hace; porque puede por sí matarse, mas no puede por sí resuscitarse; puede por sí solo caer en pecado, mas no puede por sí solo salir del lazo del pecado, si no fuere ayudado por Dios.

Hay también otra muy grande inhabilidad en el hombre, y es que cuanto es de mas vil y baja condición (si lo comparamos con los ángeles), tanto es mayor la injuria que pecando hace, y menor la satisfacción que con su arrepentimiento ofrece. Porque la bajeza de la persona hace que la ofensa sea mayor, y la satisfacción menor. Así vemos que la bofetada dada á un hombre honrado por una persona vil, se tiene por mayor injuria que la dada por otra noble; y asimismo la satisfacción de la tal persona es tenida por tanto de menor valor, cuanto la persona es mas desvalida.

Mas ¿qué digo yo de la satisfacción del hombre culpado, pues todo lo que despues de la sagrada humanidad de Cristo está criado, no basta en rigor de justicia para satisfacer por ofensa hecha contra majestad infinita? La razón desto da agudamente Sant Anselmo, diciendo que pecar es desacatar á Dios (cuanto es de parte de la desobediencia del pecado); lo cual el hombre no debía hacer, aunque se perdiese todo lo que hay fuera de Dios, pues vale él infinitamente mas que todo ello. Por lo cual el derecho de la razón y justicia pide que el hombre pecador ofrezca en satisfacción alguna cosa mayor que aquella por la cual no lo había de ofender, que es todo lo criado, lo cual el hombre no podía ofrecer, pues es una pequeña parte de todo ello; y así no tenía caudal para recompensar tan grande deuda como esta.

Y decendiendo mas en particular á tratar de los ángeles, no era razón que Dios cometiese el cargo desta satisfacción á alguno dellos por alto que fuese. Porque demas de las razones susodichas, era cosa impropria que siendo la culpa de la naturaleza humana, la satisfacción fuese de extraña naturaleza, cual es la angélica. Y demas desto, como dice Eusebio Emiseno (e), fuera gran desorden que la criatura reparase lo que el Criador había formado. Y llevando el negocio por términos de justicia (como era razón), no valia tanto la persona del ángel, cuanto la salud de todo el mundo; y imposible cosa era que el criado de Dios hiciese el oficio de Dios; porque aprovechar á todos los siglos presentes, pasados y venideros, á solo el universal Señor de todos los siglos pertenecía. Y allende desto no convenia ni para la glo-

(e) Euseb. Emis. homil. 11. de Paschate.

ria de Dios, ni para la dignidad del hombre, ser por ángel redemido. Porque ¿qué cosa fuera deber el hombre á Dios el beneficio de la creación, y al ángel el de la redención, siendo tanto mayor este beneficio que el otro, cuanto es mas el ser divino que el humano? Porque si el cumplimiento de toda la felicidad humana consiste en gozar de aquella bienaventurada inmortalidad, ¿cuánto mayor beneficio hace al hombre el que lo introduce en aquella vida, que quien lo crió en este valle de tantas miserias? Por donde si Dios por sí nos criara en esta vida, y un ángel nos mereciera la otra, al ángel deberíamos lo que es mas precioso, y á Dios lo que no es tanto. Y cuán grande inconveniente sea este, decláralo Sant Augustin, hablando con Dios, por estas palabras: Señor, si vos me distes que fuese, ¿quién me pudo dar que fuese bueno sino vos? Porque si vos me distes el ser, y otro el buen ser, mejor sería el que me dió el buen ser, que el que me dió el ser. Mas aunque haya distancia de lo uno á lo otro, ambas cosas nos dió este Señor. Porque cuando él crió al hombre, él por sí solo lo quiso criar, y así dijo (f): Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza. Pues el que no se desdennó de criarlo por sí; había de tener asco de repararlo por sí? No por cierto: mas antes si fué gran gloria suya criar al hombre, mucho mayor lo fué redimirlo. Pues no era razón que el comun Señor quitase esta gloria de sí, y la diese á su criatura; pues él dice por su Profeta (g) que él solo es Dios, y que á nadie ha de dar su honra. Por tanto el que fué nuestro criador, quiso también ser nuestro redemptor, para que toda esta gloria fuese suya, y así lo fuese todo nuestro amor. Y esto es lo que divinamente dijo Sant Anselmo en pocas palabras: Porque no repartieses el amor entre criador y redemptor, el mismo Señor quiso ser tu criador y redemptor.

CAPITULO V.

Cómo solo el Hijo de Dios en rigor de justicia podía descargar la comun deuda del linaje humano, y cuán conveniente haya sido este medio para este descargo.

De lo que acabamos de decir en este capítulo, resulta claro por las razones alegadas que ni el hombre, ni el ángel, ni otra pura criatura tenían caudal de virtud y gracia para redimir el linaje humano; sino que á solo aquel Señor que tuvo por bien criarlo, pertenecía redimirlo. Mas decendiendo agora á tratar este misterio mas en particular, será necesario declarar la orden y consejo admirable que la divina sabiduría escogió para obrar este tan gran negocio.

Quiso pues primeramente que el camino y medio de nuestra salvación fuese contrario al de nuestra perdición; y que así como un hombre pecador había destruido al mundo, así otro hombre justo lo restituyese; y que así como el pecado y la muerte entraron por uno, así la vida y la justicia entrasen por otro; y que así como el pecado de un hombre se derivó en todos los hombres, así la sanctidad de un solo hombre se derivase (cuanto es de su parte) en todos ellos. Esto pedia la ley y orden de justicia; y también lo pedia el orden de naturaleza que Dios generalmente guarda en todas las cosas, el cual habiendo repartido todas las criaturas del mundo en linajes y familias, puso en cada linaje una cabeza, que es una criatura la mas noble de aquel linaje: la cual fuese causa de la nobleza que hay en todas las que se compre-

(f) Genes. 1. (g) Esai. 42. et 48.

henden debajo della. Pongamos ejemplos. En el linaje de los cuerpos que se mueven, el principal es el primer cielo que llaman el primer móvil; y este es causa general de todos cuantos movimientos corporales hay en la tierra. Asimismo en el linaje de los cuerpos resplandecientes (como son las estrellas) crió Dios una mucho mas resplandeciente, que es el sol, el cual es causa de la luz y resplandor de todas ellas, porque todas lo reciben dél. Pues desta manera queriendo Dios poblar y adornar el cielo y la tierra con las ánimas de los santos, no solo ordenó que hubiese un sancto extremado y aventajado en toda sanctidad, del cual se derivase el resplandor de la sanctidad en todos ellos, y así se llamase *Sanctus Sanctorum*, que es el sancto de los santos, no solo porque es el mayor de todos, sino porque es sanctificador de todos; y por esto también se llama este Señor sol de justicia, porque dél reciben justicia y gracia todos los justos; y así dice Sant Juan (a), que de la plenitud y abundancia de su gracia recibimos todos gracia. Por donde entenderán los que por algunas piadosas conjeturas piensan tener alguna centella de gracia, ó de devoción, ó de sanctidad, de quién la tienen y á quién la han de agradecer. Porque lo que deben los miembros á la cabeza, y las ramas del árbol á su raíz, y las estrellas al sol, y generalmente todos los efectos á sus causas, eso deben todos los justos á este justificador.

Esto mismo era un medio convenientísimo para la cura de nuestras necesidades y males. Porque la primera y mayor necesidad que tenemos es ser restituidos á la antigua amistad y gracia de nuestro Criador, la cual habíamos perdido por aquel comun pecado, por el cual estaba este Señor enemistado con los hombres; los cuales, como el Apóstol dice (b), nascian hijos de ira. Y como la amistad y gracia de Dios para con sus criaturas sea la primera causa de todos los bienes dellas, faltando esta, faltaban también los beneficios que desta amistad procedían. Lo cual declara el Señor por Esaías, diciendo (c): Vuestros pecados fueron la causa de la división entre mí y vosotros; y ellos me apretaron las manos para no hacerlos bien.

Estando pues los hombres en esta desgracia con su Rey y Señor, era necesario (lo que se suele comunmente hacer cuando las partes están desavenidas) un buen tercero y medianero que las redujese á amor y concordia. Este no podía ser mas conveniente que el mismo Hijo de Dios humanado. Porque el tal medianero convenia que fuese poderoso con ambas las partes, y sin sospecha dellas para que fuese fidelísimo en el negocio que trataba. Pues para esto ¿qué cosa se pudiera ordenar mas á propósito que hacerse Dios hombre para ser medianero entre Dios y los hombres? ¿Qué cosa mas fiel para con Dios que el que era Dios? Y ¿qué cosa mas fiel para con el hombre que el que era hombre? Y ¿quién mas amigo de ambas naturalezas que el que las tenía en sí entrambas? De manera que ambos los negocios tenía por suyos: el de Dios porque era Dios verdadero, y el del hombre porque era verdadero hombre. Pues para este fin ninguna cosa se podía, no digo ordenar, mas ni imaginar, ni desear mas á propósito.

Asimismo este medianero (demas de lo dicho) convenia que fuese amicísimo y gratisimo en los ojos de Dios; porque quien había de hacer tan grandes y tan generales amistades, quien había de apagar la llama deste odio,

(a) Joan. 1. (b) Ephes. 2. (c) Esai. 59.

quien había de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los siglos presentes, pasados y venideros, necesariamente había de ser amicísimo y gratisimo en los ojos de Dios; para que con la abundancia de su gracia se deshiciesen tantas desgracias, y con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. La sal que ha de dar sabor y salar todos los manjares, ha de ser en sí saladísima; y el sol que ha de dar claridad á todas las estrellas, ha de ser en sí clarísimo; y así el que ha de hacer gratos y amigos á todos los hombres en los ojos de Dios (siéndole ántes enemigos), ha de ser á él gratisimo y amicísimo. Pues ¿quién podía ser para esto mas conveniente que el unigénito Hijo de Dios, infinitamente amado de su eterno Padre? A este pues nos dió la inmensa bondad de Dios por medianero y reconciliador, como lo testifica el Apóstol por estas palabras, que en sentencia dicen así (d): Dios estaba en Cristo reconciliando por él consigo al mundo; y puso en nuestra boca la palabra y embajada desta reconciliación. Por lo cual (como fieles embajadores) os rogamos queráis reconciliarios con Dios; mayormente pues él siendo ofendido, no solo os convida primero con la paz, mas también os ofrece la satisfacción de la ofensa pasada, por medio del sacrificio de su Hijo. Pues por este medio el eterno Padre, como dice el mismo Apóstol (e), nos trasladó al reino de su amantísimo Hijo y nos dió licencia y osadía para llegar á él por este medianero y pedirle mercedes. Y así lo confirmó el mismo Hijo cuando á sus discípulos dijo (f): No digo yo solamente que rogaré al Padre por vosotros, sino que vosotros también le rogaréis y seréis admitidos y recibidos dél como yo; ca el Padre también os ama, porque vosotros me amastes y creistes que fui enviado por él. Como si mas claramente dijera: De tal manera negociaré estas paces entre mi Padre y vosotros, que no solo el Padre os haga mercedes por mi intercesión, sino también por la vuestra. Desta manera dice el Apóstol (g) que el Padre nos hizo gratos en sus ojos por medio del gratisimo y amantísimo Hijo suyo, por quien alcanzamos la redención y perdon de nuestros pecados.

§. ÚNICO.

De cómo se hermanaron en esta obra de la divina bondad, misericordia y justicia.

Mas cerca desta reconciliación es mucho de notar que como en todas las obras de Dios se hallen juntas misericordia y justicia, así era razón que se hallasen en esta, que es la mayor de todas, perdonando Dios de tal manera la culpa, que también la ofensa quedase satisfecha. Lo cual divinamente declaró el Apóstol, que despues de aquellas palabras que alegamos (Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, perdonándole sus pecados) añadió luego (h): Aquel que no sabía qué cosa era pecado, hizo por nosotros pecado, porque nosotros fuésemos justificados por él. Como si dijera: Aquel innocentísimo Cordero que no sabía qué cosa era pecado, hizo pecado, esto es, sacrificio por los pecados, para que mediante el mérito deste summo sacrificio fuese Dios aplacado, y la ofensa contra su divina majestad cometida quedase satisfecha; y así se hallasen en esta obra las dos hermanas susodichas, misericordia y justicia. Porque misericordia fué perdonar Dios los pecados al hombre, y justicia fué perdonarlos por la satisfacción

(d) 2. Cor. 5. (e) Coloss. 1. (f) Joan. 16. (g) Ephes. 1. (h) 2. Cor. 5.